

UN TOQUE DE TROMPETA CONTRA LA FALSA PAZ

Volumen 1 – Sermón No. 301

Traducción: estudialapalabra.org

SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO

26 DE FEBRERO DE 1860,

POR CHARLES HADDON SPURGEON,

EN EXETER HALL, STRAND

“Paz, paz; y no hay paz”

Jeremías 6:14

Los ministros son terriblemente culpables si intencionalmente edifican a los hombres en una falsa paz. No puedo imaginar a ningún hombre más culpable de sangre que aquel que hace de chacal para el león del infierno complaciendo los gustos depravados del hombre vanidoso y rebelde. El médico que mimma a un hombre en su enfermedad, que alimenta su cáncer, o inyecta veneno continuo en su sistema, mientras que al mismo tiempo promete buena salud y larga vida, tal médico no sería ni la mitad de horrible monstruo cruel que el profeso ministro de Cristo que ordena a su pueblo que se consuele, cuando en lugar de eso, debería gritar: "¡Ay de los que están tranquilos en Sión!"

La obra del ministerio no es un juego de niños, es una labor que podría llenar las manos de un ángel, que llenó el corazón del Salvador. Necesitamos mucha oración para que seamos honestos, y mucha gracia para que no engañemos a las almas que debemos guiar. El piloto que pretendiera dirigir un barco hacia su puerto apropiado, pero que mientras tanto se ocupara de hacer agujeros en su quilla para que se hundiera, no sería peor traidor que el hombre que toma el timón de una iglesia y profesa dirigirla hacia Cristo, mientras que todo el tiempo la está arruinando al diluir la verdad tal como es en Jesús, lamentablemente ocultando verdades y adormeciendo a los hombres con palabras suaves y lisonjeras.

Podríamos perdonar antes al asesino que extiende su mano bajo el disfraz de la amistad, y luego nos apuñala en el corazón, que al hombre que viene hacia nosotros con palabras suaves, diciéndonos que es el embajador de Dios, pero todo el tiempo fomenta la rebelión en nuestros corazones, y nos apacigua mientras vivimos en rebelión contra la majestad del cielo. En el gran día en que Jehová lance sus rayos, creo que reservará uno más temible y terrible que el resto, para algún archi traidor a la cruz de Cristo, que no sólo se ha destruido a sí mismo, sino que ha llevado a otros al infierno.

El motivo de estos falsos profetas es abominable. Jeremías nos dice que era una codicia maligna. Predicaban cosas buenas porque el pueblo así lo quería, porque así llevaban leña a su propio molino, y gloria a sus propios nombres. Su designio era abominable, y sin duda su fin será desesperado, arrojados con los desechos de la humanidad. Estos que profesaban ser los preciosos hijos de Dios, comparables al oro fino, serán estimados como cántaros de barro, obra de las manos del alfarero.

Pero mis queridos oyentes, es un hecho lamentable que sin ningún pastor asalariado que grite: "Paz, paz; cuando no hay paz", los hombres gritarán eso por sí mismos. No necesitan el canto de la sirena para ser atraídos a las rocas de la presunción y la confianza temeraria. Hay una tendencia en sus propios corazones a poner lo amargo en lugar de lo dulce y lo dulce en lugar de lo amargo; a pensar bien de su mala condición y a engréirse orgullosamente.

Nadie es demasiado severo consigo mismo. Sostenemos la balanza de la justicia con una mano muy inestable cuando nuestro carácter está en la balanza. Estamos demasiado dispuestos a decir: "Soy rico y me he enriquecido", cuando al mismo tiempo estamos desnudos y somos pobres y miserables. Apartaos de estos hombres, no dejéis que ningún delator intente engañarlos, acallad para siempre toda voz falsa y tentadora, ellos mismos, impulsados por su propio orgullo, correrán a un mal engreimiento, y se sentirán a sus anchas, aunque Dios mismo esté en armas contra ellos.

Mi solemne asunto esta mañana será, y oh, que Dios me ayude en ello, traer a la luz a algunos de ustedes que han estado pacificando sus propias conciencias y han estado clamando: "Paz, paz; cuando no hay paz".

No me resulta extraño encontrarme con personas que dicen: "Bueno, yo soy suficientemente feliz. Nunca me inquieta la conciencia. Creo que si muriera iría al cielo tan bien como cualquier otro". Sé que esos hombres están viviendo en la comisión de flagrantes actos de pecado, y estoy seguro de que no podrían probar su inocencia ni siquiera ante el tribunal de los hombres; sin embargo, esos hombres te mirarán a la cara y te dirán que no se sienten perturbados en absoluto ante la perspectiva de morir. Se ríen de la muerte como si no fuera más que una escena de una comedia, y bromean con la tumba como si pudieran entrar y salir de ella a su antojo.

Bueno, le tomaré la palabra, aunque no le creo. Supondré que usted tiene esta paz y me esforzaré por explicársela sobre ciertas bases que pueden hacer que le resulte algo más difícil permanecer en ella. Ruego a Dios que el Espíritu Santo destruya estos cimientos, y levante estos baluartes suyos, y les haga sentir inquietos en sus conciencias y turbados en sus mentes, pues la inquietud es el camino a la tranquilidad, y la turbación en el alma es el camino a la

verdadera quietud.

Ser atormentado a causa del pecado es el camino a la paz, y feliz seré si puedo arrojar unas teas en sus corazones esta mañana, si puedo, como Sansón, soltar al menos algunas zorras pequeñas en los sembrados de su engreimiento y hacer arder su corazón.

1. La primera persona de la que tendré que ocuparme esta mañana, es el hombre que tiene paz porque pasa su vida en una incesante ronda de alegría y frivolidad. Apenas has salido de un lugar de diversión antes de entrar en otro. Siempre estás planeando alguna excursión, y dividiendo el día entre una diversión y otra. Sabes que nunca serás feliz si no estás en lo que llamas sociedad alegre, donde la conversación frívola te impedirá oír la voz de tu conciencia.

Por la mañana estarás durmiendo mientras brilla el sol de Dios, pero por la noche estarás pasando un tiempo precioso en algún lugar de insensata, cuando no, lasciva alegría. Como Saúl, el rey abandonado, tienes un espíritu inquieto, y por eso clamas por la música, que tiene sus encantos, sin duda, encantos no sólo para calmar el pecho obstinado, sino para aquietar una conciencia obstinada por un tiempo; pero mientras sus notas te llevan hacia arriba, hacia el cielo, en alguna grandiosa composición de un autor maestro, te suplico que nunca olvides que tus pecados te están llevando hacia abajo, al infierno.

Si os falla el arpa, convocad la fiesta de Nabal. Habrá una esquila de ovejas, y os embriagaréis de vino, hasta que vuestras almas se vuelvan rígidas como una piedra. Y entonces os maravillaréis de tener paz. ¡Qué maravilla! Seguramente cualquier hombre tendría paz cuando su corazón se ha vuelto duro como una piedra. ¿Qué tiempo percibirá? ¿Qué tempestades moverán las obstinadas entrañas de la roca de granito? Quemáis vuestras conciencias, y luego os maravilláis de que no sientan.

Quizá también, cuando os falten el vino y la viola, llaméis al baile, y la hija de Herodías complazca a Herodes, aunque la cabeza de Juan el Bautista pague su precio mortal. Bien, bien, si pasas de una de estas escenas a otra, no pierdo ocasión de resolver el enigma que debe haber contigo: "Paz, paz; cuando no hay paz".

Y ahora sentaos para vuestros retratos y os pintaré a la vida. Un grupo de idólatras están reunidos alrededor de una imagen horrible. Allí está sentado el Moloc que se deleita en la sangre. Está ardiendo. El fuego arde en su centro de bronce y un niño está a punto de ser puesto en sus brazos para ser reducido a cenizas. La madre y el padre están presentes cuando el vástago de sus propias entrañas va a ser inmolado.

El pequeño grita de terror, su cuerpecito empieza a consumirse en este calor desesperado. ¿No oirán los padres el llanto de su propia carne y escucharán los lamentos del fruto de sus

propias entrañas? Ah, no, ¡los sacerdotes de Moloc impedirán el llamado natural!

Haciendo sonar sus tambores y tocando sus trompetas con todas sus fuerzas ahogan los gritos de esta pobre víctima inmolada.

¡Es lo que estás haciendo! Tu alma es víctima de Satanás. Está siendo destruida ahora, y si escucharas sus gritos, si te tranquilizaras un poco, podrías oír a tu pobre alma gritar: "¡Oh! no me destruyas, no alejes de mí la esperanza de la misericordia, no me condenes, no me envíes al infierno".

Estos son gritos que podrían penetrar tu espíritu, y sobresaltarte a la sabiduría. Pero no, tú tocas tus tambores, y sueñas tus trompetas, y tienes tu baile y tu alegría, para que el ruido de tu pobre alma sea silenciado.

¡Ah, Señores! habrá un día en que tendréis que oír hablar a vuestro espíritu. Cuando vuestras copas estén vacías, y no pueda darse ni una gota de agua a vuestra lengua ardiente; cuando vuestra música haya cesado, y el lúgubre "Miserere" de las almas que se lamentan sea vuestro Sanctus negro; cuando seáis lanzados para siempre a un lugar donde la alegría y el júbilo sean extraños; entonces oiréis los gritos de vuestra alma, pero los oiréis demasiado tarde. Entonces cada voz será como una daga clavada en vuestras almas.

Cuando vuestra conciencia oiga: "Recuerda que tuviste tu día de misericordia, tuviste tu día de proclamación del Evangelio, pero lo rechazaste", entonces desearéis, pero desearéis en vano, que vengan truenos y ahoguen esa voz apacible y pequeña, que será más terrible a los oídos que incluso el estruendo del terremoto o la furia de la tormenta. Oh, que seáis sabios y no desperdiciéis vuestras almas por la alegría.

¡Pobres señores, pobres señores! Hay cosas más nobles que hacer para las almas que matar el tiempo; un alma inmortal que gasta todas sus fuerzas en estas frivolidades. Bien podría Young decir de ello, que se parece al océano en tempestad arrojado, para agitar una pluma o ahogar una mosca. Estas cosas están por debajo de ti, no te honran. ¡Oh, que empieces a vivir! Qué precio estás pagando por tu alegría: tormento eterno por una hora de júbilo, separación de Dios por un breve día o dos de pecado.

Sed sabios, hombres, os lo suplico, abrid los ojos y mirad a vuestro alrededor. No seáis necios para siempre. No bailéis eternamente en este precipicio, sino deteneos y pensad. ¡Oh, Espíritu del Dios amoroso! Detén a los frívolos, y lanza a su alma un pensamiento ardiente que no le deje descansar hasta que haya probado la alegría sólida, el placer duradero que sólo conocen los hijos de Sión.

2. Bien, ahora me referiré a otra clase de hombres. Encontrando que la diversión ha perdido

por fin todo su sabor, habiendo vaciado la copa del placer mundano hasta encontrar primero la saciedad y luego el asco en el fondo, necesitan un estímulo más fuerte, y Satanás, que los ha drogado una vez, tiene opiáceos más fuertes que la mera alegría para el hombre que decide usarlos.

Si la frivolidad de este mundo no basta para mecer un alma hasta que se duerma, él tiene una cuna aún más infernal para el alma. Te llevará a su propio seno, y te pedirá que tomes de él su propia naturaleza diabólica y satánica, para que entonces puedas estar quieto y tranquilo. Quiero decir que te llevará a imbuirte de nociones infieles, y cuando esto esté completamente logrado, podrás tener "Paz, paz; cuando no hay paz."

Cuando oigo a un hombre decir: "Bueno, yo soy bastante pacífico, porque no soy tan tonto como para creer en la existencia de un Dios, o en un mundo venidero, no puedo imaginar que este viejo libro de cuentos suyo, esta Biblia, sea verdad", siento dos pensamientos dentro de mi alma, primero un disgusto del hombre por su deshonestidad, y segundo, una lástima por la triste desazón que necesita tal deshonestidad para cubrirla. No sospechéis que el hombre es honrado. Hay dos clases de infieles, una clase son tan necios que saben que nunca podrían distinguirse por nada que fuera correcto, así que intentan conseguir un poco de gloria ficticia fingiendo creer y defender una mentira.

Hay otro grupo de hombres que son inquietos en sus conciencias, no les gusta la Biblia porque no les complace, no les permite estar cómodos en sus pecados, es un libro tan incómodo para ellos, que pusieron sus cabezas sobre ella una vez, pero era como una almohada llena de espinas, por lo que han terminado con ella, y estarían muy contentos si realmente pudieran demostrar que no es verdad, lo que saben que no pueden.

Digo, pues, que al mismo tiempo desprecio su falsedad, y compadezco la inquietud de su conciencia, que pudo impulsarle a un cambio tan mezquino como éste para ocultar sus terrores a los ojos de los demás. Cuanto más alardea el hombre, más siento que no lo dice en serio; cuanto más alto es en sus blasfemias, cuanto más maldice, cuanto mejor argumenta, más seguro estoy de que no es sincero, excepto en su deseo de sofocar los gemidos de su espíritu inquieto.

Ah, me recuerdas con tus bellos argumentos a los soldados chinos. Cuando salen a la batalla, llevan en el brazo un escudo con monstruos horribles representados en él, y haciendo el ruido más fuerte que pueden, se imaginan que sus adversarios huirán al instante, alarmados por estas asombrosas manifestaciones. Y así se arman de blasfemias, y salen a atacar a los ministros de Dios, y piensan que huiremos por sus sofismas. No, les sonreímos despectivamente.

Una vez, nos cuentan, los chinos colgaron en su puerto, cuando los ingleses venían a atacarles, una serie de cabezas de tigre. Dijeron: "Estos bárbaros nunca se atreverán a pasar estas feroces cabezas". Así cuelgan estos hombres una sarta de viejas y gastadas blasfemias e impiedades, y luego se imaginan que la conciencia no podrá atacarlos y que Dios mismo los dejará vivir en paz.

Ah, señor, encontraréis que las balas al rojo vivo de la justicia divina son demasiadas y demasiado terribles para vuestros sofismas. Cuando caigáis bajo el brazo del Eterno Dios, vana será entonces vuestra lógica. Temblando, creeréis en la omnipotencia cuando os la hagan sentir, conoceréis su justicia cuando sea demasiado tarde para escapar de su terror.

Oh, sé sabio, desecha estos ensueños. Deja de cerrar tu alma al cielo, sé sabio, vuélvete a Dios de quien has agredido. Porque "Todo pecado y blasfemia será perdonado al hombre". Él está listo para perdonarte, listo para recibirte, y Cristo está listo para lavar tu blasfemia.

Ahora, hoy, si la gracia te lo permite, puedes ser un hijo aceptado de ese Dios a quien has odiado, y apretujado en el seno de ese Jehová cuya existencia misma te has atrevido a negar. Dios te bendiga estas palabras, si te han parecido duras, sólo pretendían llegar a tu conciencia, un corazón afectuoso me ha llevado a pronunciarlas.

Oh, no hagas esta maldad. No sucumbas a esas nociones infieles, no destruyas tu alma por parecer sabio, no detengas la voz de tu conciencia con esos argumentos que sabes en lo más íntimo de tu alma que no son ciertos, y que sólo repites para mantener una apariencia de coherencia.

3. Pasaré ahora a una tercera clase de hombres. No se trata de gente especialmente adicta a la alegría, ni especialmente dada a las ideas infieles, sino de un tipo de gente despreocupada y decidida a dejar las cosas como están. Su lema es: "Dejemos que el mañana se ocupe de sus cosas, vivamos mientras vivamos, comamos y bebamos, porque mañana moriremos". Si su conciencia grita, la mandan callar. Cuando el ministro los perturba, en lugar de escuchar lo que dice y así ser llevados a un estado de verdadera paz, gritan: "¡Silencio! Quédese quieto, señor, y acuéstese".

Ah, y has estado haciendo esto durante años, ¿verdad? Cada vez que has escuchado un sermón serio y poderoso, te has ido a casa y te has esforzado por deshacerte de él. Una lágrima se ha deslizado por tu mejilla de vez en cuando, y te has despreciado por ello. "¡Oh!", te dices, "no es de hombre pensar en estas cosas". Ha habido a veces algunos estremecimientos que no has podido evitar, pero al momento tienes el corazón como un pedernal, impenetrablemente duro y pétreo.

Bien señor, le daré una imagen de usted mismo. Hay un granjero necio en su casa. Es mitad de noche, los ladrones están entrando en la casa, hombres que no perdonarán ni su vida ni su tesoro. Abajo hay un perro encadenado en el patio; ladra y ladra, y vuelve a ladrar. "No puedo estar tranquilo", dice el granjero, "mi perro hace demasiado ruido". Otro aullido y otro grito más. Sale sigilosamente de la cama, coge su pistola cargada, abre la ventana, dispara y mata al perro.

"¡Ah! ya está bien", murmura, se va a la cama, se acuesta y descansa tranquilamente. "Ya no le pasará nada", dice, "porque he hecho callar a ese perro". Ojalá hubiera escuchado la advertencia de la fiel criatura. Pronto sentirá el cuchillo y lamentará su fatal locura.

Así tú, cuando Dios te está advirtiendo, cuando tu fiel conciencia está haciendo todo lo posible por salvarte, tratas de matar a tu único amigo, mientras Satanás y el pecado se acercan sigilosamente a la cabecera de tu pereza, y están listos para destruir tu alma para siempre jamás.

¿Qué pensaríamos del marinero en alta mar que quisiera matar a todos los petreles de tormenta, para que se acabaran todas las tempestades? ¿No dirías: "Pobre insensato, porque esas aves son enviadas por la providencia para advertirle de la tempestad, por qué tiene que hacerles daño? Ellas no causan la agitación, es el mar embravecido". Así que no es tu conciencia la culpable de la turbación de tu corazón, es tu pecado, y tu conciencia, actuando fiel a su carácter, como señal de Dios en tu alma, te dice que todo está mal. Ojalá te levantas, aceptaras la advertencia y corrieras a Jesús mientras dure la hora de la misericordia.

Para usar otra ilustración. Un hombre ve a su enemigo delante de él. A la luz de su vela nota su insidiosa aproximación. Su enemigo le mira feroz y tenebroso, y está buscando su vida. El hombre apaga la vela y exclama: "Ahora estoy en paz". Esto es lo que se hace.

La conciencia es la vela del Señor, te muestra a tu enemigo, intentas apagarla diciendo: "Paz, paz". ¡Aparta al enemigo, señor! ¡Aparta al enemigo! ¡Que Dios te dé gracia para expulsar al pecado! ¡Oh, que el Espíritu Santo te capacite para expulsar tus concupiscencias! Entonces deja que la vela arda, y mientras más brille su luz, mejor será para tu alma, ahora y en el futuro.

Oh, dormilones, amordazadores de conciencia, ¿qué queréis decir? ¿Por qué estáis durmiendo cuando la muerte se apresura, cuando la eternidad está cerca, cuando el gran trono blanco está viniendo ahora sobre las nubes del cielo, cuando la trompeta de la resurrección está siendo tocada a la boca del arcángel? ¡Oh, que la voz de Jehová hable y te haga despertar, para que escapes de la ira venidera!

4. Un cuarto grupo de hombres tiene una especie de paz que es el resultado de

resoluciones que han tomado, pero que nunca llevarán a cabo. "Oh", dice uno, "estoy bastante tranquilo en mi mente, pues cuando tenga un poco más de dinero me retiraré de los negocios, y entonces comenzaré a pensar en cosas eternas."

Ah, pero te recuerdo que cuando eras aprendiz decías que te reformarías cuando llegaras a oficial, y cuando eras oficial solías decir que responderías cuando llegaras a maestro. Pero hasta ahora estas cuentas nunca han sido pagadas a su vencimiento. Cada una de ellas ha sido deshonrada hasta ahora, y créeme, esta nueva factura de alojamiento también será deshonrada.

Así que piensas sofocar la conciencia con lo que harás dentro de un tiempo. Ah, hombre, pero ¿llegará ese "dentro de un tiempo"? Y si llegara, ¿qué razón hay para esperar que entonces estés más preparado que ahora? Los corazones se endurecen, el pecado se fortalece, el vicio se arraiga más profundamente con el paso de los años. Ciertamente, no te será más fácil volverte a Dios que ahora. Ahora es imposible para ti, aparte de la gracia divina, entonces será igual de imposible, y si se me permite decirlo, entonces habrá más dificultades en el camino que incluso ahora.

¿Cuál crees que es el valor de estas promesas que has hecho en la corte del cielo? ¿Tomará Dios tu palabra una, y otra, y otra vez, cuando la has quebrantado tantas veces como la has dado? No hace mucho estabas en cama con fiebre, y si vivías juraste que te arrepentirías. ¿Te has arrepentido? Y, sin embargo, eres lo bastante necio como para creer que te arrepentirás tarde o temprano, y en virtud de esta promesa, que no vale ni una paja, te gritas a ti mismo "paz, paz; cuando no hay paz."

Un hombre que espera una estación más conveniente para pensar en los asuntos de su alma, es como el campesino de la fábula de Esopo, que se sentó junto a un río caudaloso, diciendo: "Si este vapor sigue fluyendo como ahora durante un rato, se vaciará, y entonces caminaré con los pies secos." Ah, pero la corriente era tan profunda cuando él había esperado día tras día como lo era antes. Y así será contigo.

Con tu dilación, me recuerdas la ridícula posición de un hombre que se sentara en la rama alta de un árbol con una sierra en la mano y cortara la rama en la que estaba sentado. Esto es lo que tú estás haciendo. Tu retraso está cortando la rama de tu vida. Sin duda pretendes tapar el pozo cuando el niño se ahoga, y cerrar la puerta del establo cuando roban el caballo. Estos pájaros en la mano los estás perdiendo, porque puede haber alguna hora mejor, algún pájaro mejor en el arbusto. Así consigues un poco de tranquilidad, pero ¡oh, a qué precio tan fatal!

Pablo era molesto para ti, así que hiciste el papel de Félix y dijiste: "Vete por ahora, cuando tenga un tiempo más conveniente enviaré por ti." La conciencia estaba intranquila, así que le

tapaste la boca con concesión de Cerbero, y te has ido a tu cama con esta mentira bajo la almohada, con esta falsedad en la mano derecha, que estarás mejor dentro de poco.

Ah, señor, déjeme decirle de una vez por todas que usted vive para empeorar cada vez más. Mientras usted posterga las cosas, el tiempo no se detiene, ni Satanás descansa. Mientras usted dice: "Que las cosas permanezcan", las cosas no permanecen, sino que se aceleran. Estás madurando para la terrible cosecha, se está afilando la hoz que te cortará, y ya está ardiendo el fuego en el que tu espíritu será arrojado para siempre.

5. Ahora paso a otra clase de hombres, para que no se me escape ninguno de los que aquí dicen: "Paz, paz; cuando no hay paz". No dudo sino que muchos de los habitantes de Londres gozan de paz en sus corazones porque son ignorantes de las cosas de Dios. Alarmaría positivamente a muchos de nuestros sobrios cristianos ortodoxos si pudieran hacerse una idea de la absoluta ignorancia de las cosas espirituales que reina en todo este país. Algunos de nosotros, cuando nos movemos por aquí y por allá, en todas las clases de la sociedad, a menudo nos hemos visto llevados a observar que se sabe menos de las verdades de la religión que de cualquier ciencia, por recóndita que ésta sea.

Tomemos como ejemplo lamentable, las efusiones ordinarias de la prensa secular, y quién puede evitar remarcar la ignorancia que manifiestan en cuanto a la verdadera religión. Dejemos que los periódicos hablen de política, es un asunto que entienden, y su habilidad es asombrosa, pero dejémosles tocar una vez la religión, y nuestros niños de la escuela dominical podrían convencerles de absoluta ignorancia. Las afirmaciones que hacen son tan burdas, tan alejadas de los hechos, que nos llevan a imaginar que la presentación de un testamento de cuatro peniques a los corresponsales especiales debería ser uno de los primeros esfuerzos de nuestras sociedades para difundir el Evangelio entre los paganos.

En cuanto a la teología, algunos de nuestros grandes escritores parecen tan poco versados en ella como un caballo o una vaca. Vayan entre todos los rangos y clases de hombres, y desde el día en que abandonamos nuestro catecismo, y el viejo Dr. Watts y las Asambleas dejaron de usarse, la gente no tiene una idea clara de lo que significa el Evangelio de Cristo.

Con frecuencia he oído afirmar a quienes han juzgado sin severidad el púlpito moderno, que si un hombre asistiera a un curso de trece conferencias sobre geología, obtendría una idea bastante clara del sistema, pero que no sólo hay que oír trece sermones, sino mil trescientos sermones, y no se tendría una idea clara del sistema teológico que se pretendía enseñar. Creo que en gran medida eso ha sido cierto.

Pero el gran cambio que se ha producido en el púlpito en los últimos dos años es motivo del mayor agradecimiento a Dios, y creemos que será una bendición para la iglesia y para el

mundo en general. Los ministros predicán con más audacia que antes. Creo que ahora se predica más doctrina evangélica en Londres, en un domingo cualquiera, que en un mes anterior.

Pero todavía hay en muchos sectores una profunda ignorancia en cuanto a las cosas de Cristo. Nuestros antiguos puritanos, ¡qué maestros eran en teología! Conocían la diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Pacto, no mezclaban las obras y la gracia. Penetraban en los recovecos de la verdad evangélica, siempre estaban estudiando las Escrituras y meditando en ellas, tanto de día como de noche, y arrojaban luz sobre las aldeas en las que predicaban, hasta que en aquellos días se podría haber encontrado a teólogos tan profundos trabajando sobre montones de piedra, como los que se pueden encontrar hoy en día en los colegios y universidades.

Cuán pocos discernen la espiritualidad de la ley, la gloria de la expiación, la perfección de la justificación, la belleza de la santificación y la preciosidad de la unión real con Cristo. No me maravilla que tengamos una multitud de hombres que son meros profesantes y meros formalistas, que sin embargo están tan cómodos en sus mentes como si fueran poseedores de la piedad vital, y realmente anduvieran en el verdadero temor de Dios.

No había, hablo de cosas que eran, no había en el púlpito hace poco tiempo, un discernimiento entre las cosas que difieren, no había una separación entre lo precioso y lo vil. Los grandes puntos cardinales del Evangelio, si no se negaban, se ignoraban. Comenzamos a pensar que los pensadores abrumarían a los creyentes, que la intelectualidad y la filosofía derrocarían la sencillez del Evangelio de Cristo.

No es así ahora, por lo tanto, espero, que a medida que el Evangelio sea predicado más plenamente, que a medida que las palabras de Jesús sean mejor entendidas, que a medida que las cosas del reino de los cielos sean puestas en un luz más clara, este baluarte de una falsa paz, a saber, la ignorancia de las doctrinas evangélicas, será abatido hasta sus cimientos, y las propias piedras angulares desenterradas y arrojadas para siempre.

Si tienes una paz que se basa en la ignorancia, deshazte de ella, la ignorancia es una cosa, recuerda, de la que eres responsable. No eres responsable por el ejercicio de tu juicio ante el hombre, pero eres responsable por ello ante Dios. No existe cosa como la tolerancia de tus sentimientos con Jehová, no tengo derecho a juzgarte, soy tu semejante. Ningún Estado tiene derecho a dictar en qué religión voy a creer, pero sin embargo, hay un Evangelio verdadero, y hay miles de falsos.

Dios te ha dado juicio, úsalo. Escudriñad las Escrituras y recordad que si descuidáis la Palabra de Dios, y permanecéis ignorantes, vuestros pecados de ignorancia serán pecados de

ignorancia voluntaria, y por lo tanto la ignorancia no será excusa. Ahí está la Biblia, la tenéis en vuestras casas, podéis leerla. Dios el Espíritu Santo os instruirá en su significado, pero si permanecéis ignorantes, no carguéis más de ello al ministro, no carguéis de ello a nadie más que a vosotros mismos, y no hagáis de ello ningún manto para vuestro pecado.

6. Ahora paso a otra forma más peligrosa de esta falsa paz. Puede que haya echado de menos a algunos de vosotros, probablemente, ahora me acercaré más a vosotros. Ay, ay, lloremos y volvamos a llorar, porque hay una plaga entre nosotros. Hay miembros de nuestras iglesias que dicen: "Paz, paz; cuando no hay paz". Es parte de la franqueza admitir que con todo el ejercicio del juicio, y la disciplina más rigurosa, no podemos mantener nuestras iglesias libres de hipocresía.

He tenido que oír, con gran quebranto de mi corazón, historias de hombres y mujeres que han creído en las doctrinas de la elección y otras verdades del Evangelio, y las han convertido en una especie de cobertura para la iniquidad más espantosa. Podría, sin falta de caridad, señalar iglesias que son hervideros de hipocresía, porque a los hombres se les enseña que es la creencia de un cierto conjunto de sentimientos lo que los salvará, y no se les advierte que todo esto es en vano sin una verdadera fe viva en Cristo.

El predicador es tan bueno como decir, si no en tantas palabras: "Si eres ortodoxo, si crees lo que te digo, eres salvo; si por un momento te desvías de esa línea que te he trazado, no puedo ser responsable por ti, pero si me das todo tu corazón, y crees precisamente lo que digo, sea o no de las Escrituras, entonces eres un hombre salvo". Y conocemos a personas de ese tipo, que pueden tener su tienda abierta un domingo, y luego ir a disfrutar de lo que ellos llaman un sabroso sermón por la noche, hombres que se mezclan con borrachos y, sin embargo, dicen que son los elegidos de Dios, hombres que viven como otros viven y, sin embargo, vienen ante ustedes y con descarada impudicia, les dicen que son redimidos por la sangre de Cristo.

Es cierto que han tenido una experiencia profunda, como se suele decir. ¡Dios nos libre de una experiencia tan turbia como esa! Han tenido, dicen, una gran manifestación de la depravación de sus corazones, pero aun así son los preciosos hijos de Dios. ¡Preciosos, en verdad! Queridos a cualquier precio que cualquier hombre dé por ellos. Si son preciosos para alguien, estoy seguro de que desearía que se los llevaran a su propio lugar, pues no son preciosos para nadie aquí abajo, y no son de la menor utilidad ni para la religión ni para la moralidad.

No conozco un engaño más condenable que el que un hombre se envanezca de ser hijo de Dios y, sin embargo, viva en pecado; que les hable de gracia soberana, mientras vive en soberana concupiscencia; que se erija en juez de la verdad, mientras él mismo desprecia los

preceptos de Dios y pisotea los mandamientos.

Por muy duro que fuera Pablo con tales hombres en su tiempo, cuando dijo que su condenación es justa, pronunció una sentencia sumamente justa. Ciertamente, el diablo se regodea con hombres de esta clase. Soy calvinista, pero Juan Calvino nunca enseñó doctrina inmoral. Creo que nunca existió un expositor de las Escrituras más consistente que ese gran reformador, pero su doctrina no es el hipercalvinismo de estos tiempos modernos, sino que es tan diametralmente opuesta a él como la luz a las tinieblas. No hay una sola palabra en ninguno de sus escritos que justifique que un hombre continúe en la iniquidad para que la gracia abunde.

Si no odias el pecado, da lo mismo la doctrina que creas. Puedes ir a la perdición tan rápidamente con la doctrina Alta Calvinista como con cualquier otra. Usted está tan seguramente destruido en una iglesia ortodoxa como en una heterodoxa, a menos que su vida manifieste que usted ha sido "engendrado de nuevo para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de los muertos".

7. No tengo más que otra clase de personas que describir, y habré terminado cuando les haya dirigido a todos ustedes unas cuantas frases solemnes de advertencia. Queda todavía otra clase de seres que sobrepasan a todos éstos en su absoluta indiferencia hacia todo lo que pudiera despertarlos. Son hombres a los que Dios ha entregado, justamente entregado. Han sobrepasado el límite de Su longanimidad. Él ha dicho: "Mi espíritu no luchará más con ellos", "Efraín se ha entregado a los ídolos, déjalo en paz". Como castigo judicial por su impenitencia, Dios los ha entregado al orgullo y a la dureza de corazón.

No voy a decir que haya alguien así aquí, Dios quiera que no haya tal hombre, pero los ha habido a quienes se les ha dado un fuerte engaño, para que crean una mentira, para que sean condenados porque no recibieron el Evangelio de Cristo. Criados por una madre santa, tal vez aprendieron el Evangelio cuando estaban casi en la cuna. Educados por el ejemplo de un padre santo, se desviaron hacia el libertinaje, y llevaron las canas de una madre con dolor a la tumba. Sin embargo, la conciencia los perseguía.

En el funeral de aquella madre, el joven se detuvo y se hizo la pregunta: "¿La he matado? ¿La he traído aquí?". Volvió a casa, estuvo sobrio un día, fue tentado por una compañera y se volvió tan malo como siempre. Llegó otra advertencia. Se apoderó de él la enfermedad, yació en las fauces de la tumba, despertó, vivió, y se condujo tan vilmente como había vivido antes.

A menudo oía la voz de su madre, aunque estaba en la tumba, estando muerta le hablaba. Puso la Biblia en el estante superior, la escondió, pero, a veces, un texto que había aprendido en la infancia se le venía a la cabeza.

Una noche, cuando se dirigía a algún antro de vicio, algo le detuvo; la conciencia pareció decirle: "Recuerda todo lo que has sabido de ella". Se quedó quieto, se mordió el labio un momento, consideró, sopesó las posibilidades. Al fin dijo: "Iré aunque esté perdido". Se fue, y desde aquel momento le ha sorprendido que nunca haya pensado en su madre ni en la Biblia. Escucha un sermón, al que no presta atención. Todo le da igual. Nunca se preocupa. Dice: "No sé cómo es, pero me alegro, ahora estoy tan tranquilo y tan alegre como nunca pudo estarlo un joven".

¡Oh! tiemblo al explicar esta quietud, pero puede ser, Dios quiera que yo no sea un verdadero profeta, puede ser que Dios haya echado las riendas sobre tu cuello y haya dicho: "Déjalo ir, déjalo ir, no le advertiré más, se llenará de sus propios caminos, irá en una serie de esto, nunca lo detendré".

Nota, si es así, tu condenación es tan segura como si estuvieras ahora en la fosa. Quiera Dios que no tenga aquí semejante oyente. Pero ese terrible pensamiento bien puede haceros escudriñar, porque puede ser así. Existe esa posibilidad, buscad y mirad, y Dios quiera que ya no digáis: "Paz, paz; cuando no hay paz".

Ahora, estas últimas palabras solemnes. No seré culpable esta mañana de hablarles falsedades suaves, seré fiel con cada uno, pues creo que tendré que enfrentarme a todos ustedes en el gran día de Dios, aunque me hayan oído sólo una vez en sus vidas. Pues bien, permítanme decirles que si hoy tienen una paz que les permite estar en paz con sus pecados así como con Dios, esa paz es una paz falsa. A menos que odies el pecado de todo tipo, con todo tu corazón, no eres un hijo de Dios, no estás reconciliado con Dios por la muerte de Su Hijo.

No serás perfecto, no puedo esperar que vivas sin pecado, pero si eres cristiano, odiarás el mismo pecado en el que has sido traicionado, y te odiarás a ti mismo por haber contristado así a tu Salvador. Pero si amas el pecado, el amor del Padre no está en ti. Seas quien seas, o lo que seas, ministro, diácono, anciano, profesante o no profesante, el amor al pecado es totalmente incompatible con el amor de Cristo. Llévate eso a casa y recuérdalo.

Otro pensamiento solemne. Si hoy estás en paz porque crees que eres justo contigo mismo, no estás en paz con Dios. Si te envuelves en tu propia justicia y dices: "Soy tan bueno como los demás, he guardado la ley de Dios y no necesito misericordia", no estás en paz con Dios.

Estás atesorando en tu corazón impenitente, ira para el día de la ira, y con tanta seguridad estarás perdido si confías en tus buenas obras, como si hubieras confiado en tus pecados.

Hay un camino limpio al infierno, así como uno sucio. Hay un camino tan seguro a la perdición por la carretera de la moralidad, como por el lodazal del vicio. Cuídate de no edificar sobre otra cosa que no sea Cristo, porque si lo haces, tu casa se derrumbará a tus oídos, cuando más necesites su protección.

Y una vez más, oyentes míos, si están fuera de Cristo, por profunda que sea su paz, es falsa, pues fuera de Cristo no hay verdadera paz para la conciencia, ni reconciliación con Dios. Háganse esta pregunta: "¿Creo en el Señor Jesucristo con todo mi corazón? ¿Es Él mi única confianza, la roca sencilla y solitaria de mi refugio?". Si no, vive el Señor mi Dios, ante quien estoy, estás en la hiel de la amargura, y en los lazos de la iniquidad, y muriendo como estás, fuera de Cristo, serás excluido del cielo, donde se encuentran Dios y la bienaventuranza, tu alma nunca podrá llegar.

Y ahora, finalmente, permítanme rogarles que, si están en paz en su propia mente esta mañana, sopesen su paz así: "¿Me soportará mi paz en un lecho de enfermo?". Hay muchos que son lo suficientemente pacíficos cuando están bien, pero cuando sus huesos comienzan a doler, y su carne está dolorida, entonces descubren que quieren algo más sustancial que esta quietud soñadora en la que sus almas habían caído.

Si una pequeña enfermedad te hace temblar, si el pensamiento de que tu corazón está afectado, o que puedes caer muerto de repente en un ataque, si eso te sobresalta, entonces hazte esa pregunta de Jeremías: "Si has corrido con los hombres de a pie y te han fatigado, ¿qué harás cuando contendas con caballos? y si en la tierra de paz en la que habías confiado te han fatigado, ¿qué harás en las hondonadas del Jordán? Si la enfermedad te hace temblar, ¿qué te hará hacer la destrucción?".

Por otra parte, plantea la cuestión desde otro punto de vista. Si tu paz sirve para algo, es para sostenerte en la hora de la muerte. ¿Estás listo para irte a casa, a tu lecho, para yacer allí y no levantarte nunca más? Porque recuerda, lo que no resiste un lecho de muerte nunca resistirá el día del juicio. Si mi esperanza comienza a temblar, incluso cuando la mano esquelética de la muerte comienza a tocarme, ¿cómo temblará, "Cuando el brazo derecho de Dios está nervioso para la guerra, y los truenos visten su carro nublado"? Si la muerte me sobresalta, ¿qué hará la gloria de Dios? ¿Cómo me reduciré a la nada, y huiré de Él desesperado? Entonces, hazte a menudo esta pregunta: "¿Me durará la paz cuando los cielos estén en llamas, y cuando el tembloroso universo esté para ser juzgado?".

Oh, mis queridos oyentes, sé que les he hablado débilmente esta mañana, no como hubiera deseado, pero les ruego que si lo que he dicho no es un sueño ocioso, si no es un mero mito de mi imaginación, si es verdad, tómenlo a pecho, y que Dios los capacite para prepararse para encontrarse con Él. No os envolváis, ni os adormiléis y durmáis. ¡Despertad, dormilones,

despertad! Ojalá tuviera una voz de trompeta para advertiros.

¡Oh! mientras te estás muriendo, mientras te estás hundiendo en la perdición, ¿acaso no puedo llorarte, acaso estos ojos no pueden llorar por ti! No puedo ser extravagante aquí, estoy absuelto de ser entusiasta o fanático en un asunto como éste. Tened en cuenta, os lo suplico, las realidades de la eternidad. No pierdan eternamente su tiempo.

"Convertíos, convertíos; ¿por qué moriréis, casa de Israel?". Escuchad ahora la palabra del Evangelio, que se os envía. "Creed en el Señor Jesucristo, y seréis salvos". Porque "el que creyere y fuere bautizado, será salvo;" mientras que la solemne sentencia permanece: "El que no creyere, será condenado".

EstudiaLaPalabra.org